

Noticias sobre el fallecimiento y confirmacion de
Don Juan Melendez Valdes.

D.^o Juan Melendez Valdes, refugiado en Francia desde fines de 1813, fijó su residencia en Compeller. El clima benigno de q.^l goza esa ciudad, el precio cómodo de las casas y demas artículos de consumo diario, y la reputacion de su escuela de medicina, le decidieron á elegirla con preferencia á cualquier otro punto, atendiendo á su escasez de medios y salud quebrantada. Adolecia Melendez de dolores reumáticos, q.^l llegaron á privarle por algunas temporadas del uso del brazo derecho, por lo cual no permitiéndole sus facultades sufragar á los gastos de la continua asistencia de un profesor, eligió el medio de alquilar una habitacion vacante en la casa del D.^o Pugas, calle de los Soldados, que ocupó hasta su fallecimiento. De este modo consiguió tener siempre á mano con menor costo los auxilios de un buen facultativo, q.^l aficionándose de dia en dia á la amenidad de su conversacion y á la dulzura de su carácter, no tardó mucho tiempo en contraer con él estrecha amistad. Las oportunas medicinas q.^l le aplicó produjeron tan favorables efectos, que á principios de Mayo de 1827 se manifestaba Melendez con suma facilidad, en vista de lo cual esperaban todos su completa curacion en aquel verano. Pero el dia 24 del propio mes á poco tiempo de haberse levantado de la mesa le acometió un fuerte dolor cólico, q.^l resistiéndose tenazmente á todos los socorros del arte, vino á terminar en un acci-

vento apopléctico, del cual falleció la noche siguiente. El D.^o Pages atribuyó el cólico á los alimentos leguminosos de que usaba por falta de medios con que proporcionarse otros mas sanos y nutritivos, y la fatal degeneracion de esta enfermedad á las presadumbres, q.^{ue} le causaban los apuros de su situacion, la incertidumbre de su término y el destierro indefinido de su patria, que siempre amó con el mayor extremo. Segun los informes de su propia familia lo q.^{ue} le ocasionaba mas profunda afliccion era la soledad á que se veia reducido en pais estrangero, donde echaba menos la compania de sus amigos y las atenciones y obsequios q.^{ue} desde su primera juventud estaba á costumbrado á recibir en todas partes: sentimiento amargo q.^{ue} le dictó aquellos versos del romance del Naufrago:

Nadie en peregrinas playas

Su dicha á reposo libre:

La desgracia es ominosa,

Y del pobre todos vien.

Su infeliz viuda D.^a Ana Maria de Coen, q.^{ue} le amaba tiernam^{te}te y ansiaba por tener al menos ^{triste} la satisfaccion de llevar á España su cadáver, falta de recursos con q.^{ue} poder verificarlo, le mandó enterrar, á poca distancia de Montpeller y solo por via de depósito, en un almacén de vinos de la casa de Campo, llamada el Mas de Montse en el camino de Latres, propia de Mr. Auverny, amigo suyo. Contribuyó mucho á esta singular determinacion el genio cabiloso y desconfiado de aquella Señora, pues habiendo oido decir q.^{ue} los escolares de Medicina acostumbraban robar los cadáveres del Cementerio para hacer en ellos sus estudios anatómicos, temió q.^{ue} sucediese otro tanto con el de su esposo. Pútole á España

na pocos meses despues con el desconsuelo de no poder llevarle con-
sigo, y viendo desatendidas sus solicitudes en la corte, empezó á
labilar sobre la circunstancia de haber dejado en lugar profano los
restos de su querido Melendez. Vióse atormentada de escrúpulos
q.^e le quitaban el sueño, y cuando llegó á perder de todo punto las
esperanzas de transportar á España las cenizas de su marido, tra-
tó de trasladarlas á lugar sagrado, valiéndose para ello del cura
de Montferrier D.ⁿ Juan Arenas, conocido suyo y compañero en
su emigracion á Francia. Desenterróse el cadáver del cual se ha-
llaron unicamente los huesos á pesar de haber mediado pocos años,
lo q.^e se atribuyó á una botella de ácido nítrico, q.^e derramaron
sobre él al tiempo de enterrarle con el objeto de acelerar su des-
composicion. Recogidos en una caja cuadrada q.^e se hizo al efecto
en forma de sepulcro, los trasladaron á Montferrier, y los sepul-
taron furtivamente en la parroquia, poniendo encima una lápida
que contenia en latin, español y frances los nombres de Melendez
y las épocas de su nacimiento y muerte. Creyó el cura, q.^e apesar
de la proximidad de Montpellier, de q.^e dista solo tres cuartos de legua
aquel pueblecito, no transpiraria en la ciudad el piadoso fraude, ya
por la cobardía del vecindario, ya por que su situacion en la cumbre
de un cerro estimula muy poco la curiosidad de los pasajeros q.^e lo
distinguen desde el camino. Pero no fue así: el obispo tardó poquísimo
en saber q.^e en la iglesia de Montferrier habia enterrado un cadáver
contra las disposiciones terminantes de las leyes; llamó y recominó al
cura, y este descargándose del mejor modo q.^e le fue posible, se vio en la
necesidad de levantar y esconder la lápida, y no dejar la mas leve señal
de aquel depósito. Hémosle así porque el cura le consideró siempre como

tal por seguir recibiendo de tiempo en tiempo cartas de la viuda,
en q.^{ta} recomendándole su custodia, le anunciaba como próximo el
momento de verificar su traslación a España, contando sin duda
para ello con el producto de la edición de las obras de Melendez q.^{ta} se
estaba haciendo por entonces en la imprenta r.^{ta} de Madrid. Pero
el fallecimiento de aquella Señora necedió algún tiempo después
frento' tan laudable y piadoso proyecto. Habiendo transcurrido
bastantes años llegó a Montpellier acompañando a la Exma. Sra
Duquesa de Frias el conuigo d.^{no} Juan Nicasio Gallego, amigo
y admirador de Melendez, en cuya compañía había pasado en
Zamora la larga temporada q.^{ta} estuvo este deterrado en la mi-
sma ciudad de resultas de la caída del ministro d.^{no} Gaspar de Jove-
llanos. Como no ignoraba q.^{ta} Melendez había fallecido en Montpe-
ller, recorrió los cementerios de la ciudad, y preguntó á los con-
suegros de quienes no pudo rastrear el menor indicio de lo q.^{ta} bus-
caba. Ocurrióle entonces acudir á la Municipalidad, donde se en-
contró la nota de su muerte y la de la casa en q.^{ta} había sucedi-
do. Esta pertenecía á distinto dueño, pero supo de él que vivía aun
la viuda del d.^{no} Fejes, de quien supo las circunstancias de su en-
fermedad y fallecimiento y sepultura en el Mon de Montse, cuyo
propietario le refirió la traslación de los huesos á Montferrier.
A este tiempo llegó á Montpellier á ver á su familia el Exmo. Sr.
Duque de Frias, apasionado á la poesía castellana y en especial
á Melendez, y habiendo sabido el estado de las indagaciones fue
con Gallego al referido lugar junto con la Duquesa y demás Sras
de su casa, q.^{ta} se prestaron con el mayor gusto á honrar las cen-
izas del dulce Donato. Pero no es poderable el amargo desconsuelo
que les causó oír decir al cura, señalando con su baston el último

y mas oscuro rincon de aquella pobre parroquia: Aquí están los huesos
del S.^o J.^o Juan, que en paz descansa. Aumento sobre todo su afliccion
la seguridad de q.^e aquella memoria se perderia para siempre des-
de el momento, en que falleciese aquel anciano y venerable Sacerdo-
te, único depositario del Secreto, y tan retirado de todo trato y cor-
respondencia con su patria q.^e ignoraba la muerte de la viuda de
Melendez, acaecida algunos años antes (1). Así pensaron desde lue-
go en los medios de evitarlo, y el primero que les ocurrió fue la tra-
sacion de tan preciosos restos al seno de la madre patria; pero medi-
tándolo mejor, echaron de ver q.^e para ello les faltaba competente per-
sonalidad, y mucho mas siendo probable q.^e viviesen algunos deudos del
difunto, y entre ellos un sobrino q.^e le acompañó en Montpellier, el mi-
smo q.^e hizo el epitafio de la lápida q.^e el cura habia escondido. Tam-
poco pudieron darle parte de su pensamiento, por que el buen curia-
no ya no se acordaba de su nombre. En este apuro determinaron
trasladar los huesos al cimiterio de Montpellier, y labrar un ta-
pulero, cuya inscripcion recordase perpetuamente su memoria á los
muchos españoles q.^e frecuentan aquella ciudad: en lo cual no creye-
ron ofender los derechos de sus parientes, quienes sabrán por lo me-
nos donde los han de buscar, si algun dia quisieren llevarlos á España.
Pidióse pues el permiso á las autoridades de Montpellier, y al marqués de
Montferrier; hizo se la exhumacion de la Casa en presencia de este y

(1) El autor de esta nota no puede asegurar en el momento si aquella Señora
falleció en el verano de 1820 ó en el de 22, aunque se hallaba en Madrid y asistió
á su entierro en la parroquia de S.^o Sebastian en compañía de varios amigos
de Melendez q.^e pudo reunir a fin de q.^e tributasen este obsequio á su memoria;
pero esta averiguacion es tan fácil, como inútil.

con las formalidades q.^l requieren las leyes de Francia; eligióse sitio
en el Cementerio del Hospital general, q.^l es donde se enterran las
personas acomodadas; se compró el terreno á perpetuidad y se cons-
truyó un sepulcro de piedra cubierto con una gran losa de már-
mol blanco en q.^l se grabó el epitafio adjunto y los disticos lati-
nos q.^l le siguen, mediando entre aquel y estos un trofeo q.^l re-
presenta una planta pastoril hecchia pedaxos y una lira con
las cuerdas rotas. Ya todo dispuesto se condujo en hombros la ca-
ja desde Montferrier, con acompañamiento del cura y otras
personas, hasta el puente del carrabal Boutonnet, á donde
habia salido á recibirla en procesion con cruz alta y cir. El cura
y clero de la parroquia de S.ⁿ Pedro, sita en la Catedral de esta
ciudad, acompañándola al Cementerio, donde concluido el oficio de
sepultura se colocó en el sepulcro en 17 de marzo del corriente
año de 1828. Celebróse al otro dia un supragio por el alma de
melendez en la Iglesia de Sta^{Eulalia} ~~Catalina~~, y á los dos actos asis-
tieron algunos españoles, aunque no tantos como si hubieran
precedido formal convite, y las circunstancias hubiesen per-
mitido dar á aquella ceremonia la ^{solemnidad} ~~presencia~~ y la pompa q.^l
el Duque deseaba el Duque, y mere de q.^l era ^{á tom} digno el restaura-
dor de la buena poesia Castellana.